

Fernando Hiriart Balderrama y la ingeniería mexicana

El edificio principal del Instituto de Ingeniería llevará el nombre del ingeniero Fernando Hiriart Balderrama, primer director de esta dependencia, fallecido el pasado 7 de junio tras una larga vida de aportaciones en beneficio de nuestra sociedad.

El 11 de agosto, durante la ceremonia en su honor—presidida por el rector Juan Ramón de la Fuente, otras autoridades académicas, familiares y amigos del homenajeado— el doctor Sergio Alcocer Martínez de Castro, director del IIUNAM, resaltó la trascendencia de los trabajos de don Fernando Hiriart que constituyeron propuestas para resolver muchos de los problemas de la ciudad de México, relacionados con hundimientos, inundaciones y abasto de agua potable. Él participó en la transformación del sistema de drenaje, la rehabilitación de la red primaria de abastecimiento de agua del DF y la construcción de la primera planta de tratamiento de aguas negras de esta ciudad.

En 1955, Fernando Hiriart fue designado, por el entonces rector de la UNAM, doctor Nabor Carrillo Flores, primer director del Instituto de Ingeniería, AC, antecedente inmediato del actual Instituto. Durante su gestión, gracias a la visión y prestigio del ingeniero Hiriart, se impartieron los primeros cursos para graduados, dando cuenta de su interés por la formación universal de ingenieros e investigadores de gran solidez.



Se organizaron los laboratorios, y se establecieron estrechas relaciones con diversas entidades gubernamentales y privadas, las cuales impactaron positivamente el quehacer y la infraestructura del Instituto.

El doctor Alcocer terminó su participación expresando: “Por sus cualidades excepcionales de nacionalismo, probidad, agudeza, calidad y rigor intelectuales, por atreverse a pensar y a hacer en grande, por practicar su profesión de manera congruente con sus ideales, por su sencillez, generosidad y modestia, el homenaje que hoy le rinde la Universidad Nacional Autónoma de México se convierte, a su vez, en un homenaje para la propia Universidad, para la ingeniería mexicana y para su querido Instituto de Ingeniería.

Por su parte, el ingeniero Saturnino Suárez Fernández, quien tuvo la fortuna de convivir con el ingeniero Hiriart, recordó que gracias al talento de don Fernando, Marsal, Sandoval y Quintana, fue posible desarrollar mucha de la infraestructura que hoy día disfrutamos.

No quiero exagerar —agregó Suárez Fernández— si digo a ustedes que a Fernando Hiriart se le puede calificar como el ingeniero civil del siglo XX. El equilibrio de su pensamiento, la claridad de sus conceptos, su gran calidad humana, hicieron posible su brillantísima carrera.

Muchas, pero muchas veces estuvimos frente a él, al otro lado del escritorio y siempre recibimos una respuesta honrada e inteligente a nuestras inquietudes como contratistas y constructores. Nunca hubo en su mente ninguna idea de revancha, de agresión o de venganza. Su vida fue clara, como profesionista, como funcionario, como esposo, como padre, como hermano, como hijo.

Fernando mucho te debemos, todos tus amigos, compañeros y conocidos, mucho te debe nuestra Facultad y el Instituto de Ingeniería, mucho te debe la vida de los mexicanos por las obras que realizaste. No olvidaremos tu férrea pero tranquila voluntad, tu talento, tu honradez, tu exigencia por lo bien hecho, y será un ejemplo tu buena fe.

Por su parte, el ingeniero Alfredo Elías Ayub, director general de la Comisión Nacional de Electricidad, inició su exposición diciendo: el pasado 7 de junio México perdió a uno de sus mejores hombres. Ingeniero

excepcional, universitario distinguido, funcionario público íntegro y honesto, don Fernando Hiriart fue sin duda uno de los mexicanos más destacados del siglo XX.

Si se pudiera hacer una apretada síntesis de la vida del ingeniero Hiriart, yo diría que fue pieza fundamental en la construcción del México moderno y un pilar para la ingeniería civil mexicana. Entre algunas de las grandes obras en las que participó, destacan las principales hidroeléctricas con que hoy cuenta México, las obras de electrificación rural, los trabajos para la unificación de frecuencias del sistema eléctrico nacional y la construcción de infraestructura para el sistema de salud pública.

La importancia de estas obras —continuó el ingeniero Elías— radica en que no solamente han contribuido enormemente al desarrollo económico y productivo de México, sino también a elevar la calidad de vida de las familias.

Pero quiero aprovechar este espacio para resaltar lo más importante: el ingeniero Fernando Hiriart Balderrama fue un ser humano excepcional. Todos sus méritos profesionales, como servidor público y académico, tuvieron como crisol los valores éticos, morales y personales que siempre guiaron su vida.

Fernando Hiriart fue un hombre honesto, íntegro, amante de su país y de su familia, maestro generoso, jefe ejemplar y amigo incondicional. Pero como todos los grandes hombres, también tuvo como virtudes la sencillez y la humildad. El ingeniero Hiriart nunca trabajó ni actuó para el lucimiento personal ni para buscar el reconocimiento de alguien; su interés siempre fue trabajar para crear, trabajar para dar, trabajar para servir a los demás.

Daniel Reséndiz, investigador emérito del IIUNAM, aportó otra semblanza: Hiriart fue un innovador muy peculiar —dijo el doctor Reséndiz—, se empeñaba en asumir sus métodos y soluciones como lo normal de la ingeniería, cuando constituían más bien la excelencia; incluso solía convencer a algunos de que sus hazañas no lo eran. La autocomplacencia resultaba imposible ante su sabio recato y su sonriente sentido crítico. Por eso, trabajar a su lado estaba muy cerca de representar el óptimo no sólo del aprendizaje, sino de la convivencia.

El sentido práctico, la originalidad y la elegancia de las soluciones de Hiriart, asociadas con las de los ingenieros

Sandoval, Marsal y Carrillo, los convirtieron, a los ojos de colegas y gobierno, en reconocidos expertos, para sorpresa de ellos mismos que —según Hiriart— sólo buscaban aprender la práctica de la ingeniería. ¡Lo lograron con creces!

Comenzó a construirse así la infraestructura del país, y algo más valioso: se creó el activo intangible que es la confianza en que los mexicanos somos capaces de resolver nuestros propios problemas, convicción que se potencia cuando el gobierno la comparte y, cuando no, espera tiempos mejores, pero se mantiene viva.

La capacidad realizadora que Hiriart desplegó se explica porque también innovó en lo que atañe a la organización del trabajo. Nadie llevó tan lejos como él la noción de que cada proyecto importante es obra de un equipo, cuyo buen desempeño obedece a leyes naturales, es decir, las de la naturaleza humana; en virtud de ellas cada colaborador despliega su capacidad en la medida en que el jefe está dispuesto a mantener bajo perfil en todo, salvo en asumir responsabilidad: ¡la antítesis de lo que hoy pasa por liderazgo!

El método de Hiriart está avalado por sus frutos y podría expresarse como sigue:

1. En el equipo de trabajo sólo vale la pena argüir sobre cuestiones importantes; las minucias no ameritan argumentos
2. Cada problema tiene más de una solución, pero ninguna es buena si no se puede demostrar que lo es
3. Dentro del equipo de trabajo el único apoyo que del jefe requieren las buenas propuestas es que no las obstaculice; si las apoya muy activamente, alguien puede suponer que él las inspiró, y eso resta mérito a sus autores
4. El jefe no debe revisar todo lo que hacen los demás, sino sólo lo que él no entiende a primera vista; en cambio, siempre debe dar a revisar lo que él hace, pues todo ser humano necesita supervisión.

Nada de lo que hizo Hiriart era susceptible de improvisarse, y no se improvisó: se diseñó con lo mejor del conocimiento disponible, es decir, se planeó para volverlo viable, y por eso pudo llevarse a cabo pese a las limitaciones del país, antes mayores que hoy. Ahora es usual que los gobernantes se abrumen por la magni-



tud de los problemas nacionales y la escasez de recursos para atenderlos, pero confían de más en mecanismos de solución espontáneos, mientras se pierde la costumbre, y quién sabe si la capacidad, de concebir planes y programas realizables, que es la manera probada de asignar con racionalidad recursos escasos.

La obra de Hiriart y sus compañeros es paralela y similar a la de otro grupo de profesionales mexicanos: los médicos que por los mismos años modernizaron la medicina en el país, entre quienes Gustavo Baz e Ignacio Chávez fueron figuras señeras. Tales médicos e ingenieros, todos de la misma estirpe espiritual, se convirtieron en la más alta expresión del nacionalismo mexicano abierto al mundo. Unos y otros asignaron a la educación y la investigación un papel central en sus respectivos afanes; de ahí la honda huella que dejaron. De ahí también la estrecha conexión de ambos grupos con la Universidad Nacional, y su papel en ella.

A la luz de todo esto, la Universidad reafirma sus valores cuando hace suyos los que Fernando Hiriart encarnó. Recordarlo es por eso un acto educativo.

En representación de la familia Hiriart habló Marcia, la hija menor del ingeniero Fernando Hiriart: Para mi papá, a quien llamábamos Nano de cariño, el trabajo fue siempre una fuerza impulsora en la vida y se lo tomaba muy en serio. Para él las cosas se debían ganar con el esfuerzo personal y los ideales se debían defender con argumentos sólidos. El único modo aceptable de proceder era con rigor intelectual, de lo contrario se corría el riesgo de ser considerado por él como un "chencho".

Con su privilegiada memoria, casi siempre fue capaz de ayudarnos con cualquier tarea escolar. Todos tendíamos a verlo como una enciclopedia ambulante. Este efecto llegó hasta sus nietos y bisnietas. Si nadie daba con la respuesta, "había que preguntarle a Nano".

Era particularmente fascinante plantearle un problema y observar su forma de resolverlo, con frecuencia por métodos diferentes, y casi siempre más elegantes que los que nos habían enseñado.

Cuando todo fallaba al tratar de resolver los problemas de tarea que venían en los textos, llegaba su dictamen despiadado: Está mal el libro. La frase era temible porque presagiaba inevitablemente un desaguisado con la maestra.

Tal vez de lo más valioso que nos transmitió fue tener la confianza de dudar de todo, sin la arrogancia de creer que sabe uno todo.

A Nano nunca le gustaron los homenajes, se sentía incómodo. Sin embargo, creo que este homenaje, por ser de la Universidad y de su Instituto, lo habría apreciado mucho y a la familia nos llena de orgullo.

Aun cuando todos los que fuimos cercanos a él sabemos que lo vamos a seguir extrañando toda la vida, nos queda el privilegio de haber compartido con él una parte del camino.

A través de estos discursos, la personalidad de Fernando Hiriart evocada por quienes compartieron con él su trabajo o su vida familiar permanece lúcida, entusiasta e inspiradora.

Así esperamos que perdure en el edificio principal del Instituto de Ingeniería.